

LA CRUZ, LA TIARA Y LA ESPADA

JEAN FLORI

LA CRUZ, LA TIARA Y LA ESPADA

Las cruzadas: ideología y orígenes

Traducción de Manuel Serrat Crespo



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *La croix, la tiare et l'épée*

Diseño de la cubierta: Edhasa basada en un diseño de Jordi Sàbat

Primera edición: octubre de 2013

© Éditions Payot, 2010

© de la traducción: Manuel Serrat Crespo, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C
C1054A ATT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2593-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 21065-2013

Impreso en España

Índice

Prefacio. «Una palabra, una herida»	9
---	---

PRIMERA PARTE DEBATES DE ESCUELAS

Introducción	17
1. Interpretaciones tradicionales de la cruzada	21
2. Nuevos «esquemas de lectura»	39
3. ¿Cómo salir del atolladero?	55

SEGUNDA PARTE DE LA GUERRA JUSTA A LA GUERRA SANTA

4. «Soldados de Cristo»	75
5. Las palmas del martirio.	101
6. La reconquista cristiana en Occidente: ¿«precruzada» o «guerra santa»?	123
7. La conquista del Este: ¿protocruzadas?	141
Conclusión. ¿Un <i>big bang</i> ?	161

TERCERA PARTE:
LOS INGREDIENTES DE LA CRUZADA

Continuidad y ruptura	165
8. «Las palabras para decirlo...»	169
9. La indulgencia de cruzada	189
10. Liberar la Iglesia de Dios	213
11. Cruzada y plan de Dios	235
12. La cruzada en el plan pontificio	255
13. Liberación de las Iglesias y «triunfo» de la Iglesia latina.	271
Conclusión general	287
Epílogo. Para una percepción evolucionista de la cruzada	307
Notas	317
Bibliografía	379
Índice onomástico.	403

Prefacio

Una palabra, una herida

Poco después del sorprendente atentado del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas de Nueva York, el presidente de los Estados Unidos de América, G.W. Bush, en un mensaje cargado de indignación y cólera contenida, anunció su decisión de luchar contra los autores de lo que consideraba, a la vez, un odioso acto terrorista, una agresión contra el mundo occidental libre y una especie de crimen de lesa majestad perpetrado contra el honor de la mayor potencia del mundo. Una intolerable humillación.

Para convencer de ello a sus oyentes, esencialmente norteamericanos, aludió a dos acontecimientos históricos de fuerte contenido simbólico.

El primero evocaba la epopeya del Salvaje Oeste presente en el subconsciente de todos los «yanquis», la época de las primeras victorias de la ley y el orden en un mundo de brutos. Aquella en la que algunos vaqueros de brazos musculosos y corazón puro, poniéndose al lado de escasos y virtuosos *sheriffs*, se exponían a mil peligros, enfrentándose a salteadores de caminos, a traficantes y a pandillas de pistoleros para salvaguardar los valores de la moral universal y hacer que el Bien triunfara sobre el Mal. En el intento de impedir las fechorías de aquellos peligrosos delincuentes (cuyo sumario retrato se exhibía en las regiones donde actuaban, acompañado por la célebre mención de «*Wanted, dead or alive*»), necesita-

ban, a toda costa, en nombre de la ley, perseguirlos y castigarlos. Como aquellos héroes de antaño, el presidente Bush se comprometía a «sacar de sus cuevas» a los terroristas de Bin Laden y de Al-Qaeda. Esta alusión al mito fundacional (la época de la conquista del Oeste; no tan lejana, por otra parte) era sin duda evocadora para los norteamericanos y capaz de tocar su fibra épica y patriótica. Sin embargo, tenía también el inconveniente (pero ¿a quién le importaba eso entonces?) de despertar en el resto del mundo otras imágenes menos gloriosas y menos convincentes: éstas recordaban insidiosamente la corrupción y la carencia de ley verdadera que, precisamente, asoló aquel joven país; surgían entonces, sobrepresionadas, otras imágenes poco tranquilizadoras: la de un país predicando, en nombre de la libertad, la tiranía de las armas, cuya venta libre seguía siendo legal; la de las bandas, las mafias y los *lobbies*; la de la matanza de indígenas en nombre de la ley del mejor armado o el más decidido a eliminar al adversario, etcétera. Esa evocación, por añadidura, alimentaba en la opinión pública la idea que muchos tenían de un G.W. Bush como «presidente *cowboy*».

La otra alusión histórica era aún más inconsciente. G.W. Bush hablaba, en efecto, de lanzar contra los terroristas una «cruzada», anunciando de antemano que iba a ser larga y difícil, pero victoriosa. Sin duda, el presidente estadounidense no pretendía referirse con ello al fenómeno histórico de la cruzada, del que se hablará en las páginas que siguen. Probablemente empleaba la palabra en su común sentido actual (muy) derivado de «campana dura, legítima y virtuosa». Leemos a menudo que este o aquel gobierno emprende una «cruzada contra la carestía de la vida», «contra la gripe» o «contra el fraude fiscal».

Sin embargo, resulta que la palabra «cruzada», en el mundo musulmán, tenía evidentemente resonancias muy distintas. Lejos de ser sinónimo de empresa laudable, de dimensión más moral que bélica, la palabra «cruzada» evocaba la agresión perpetrada contra el mundo

musulmán por los guerreros de Occidente, las matanzas que cometieron en Jerusalén y otros lugares, la instauración en el Oriente Próximo de Estados «cruzados» gobernados por príncipes occidentales, sobre todo franceses. Con razón o sin ella, muchos musulmanes perciben las cruzadas como el comienzo de una implacable lucha armada llevada a cabo por los Estados cristianos de Europa contra el «islam». Una lucha que, poco a poco, iba a asegurar el dominio militar y económico de Occidente sobre todo el planeta. Los Estados cruzados, desde esta perspectiva, son considerados a veces el antecedente de la colonización por venir, y equiparados (mediante un atajo histórico simplista pero efectivo) al actual Estado de Israel: una implantación considerada contranatura. Una pústula ulcerada.

El renacimiento de los movimientos nacionalistas e islamistas, en especial en el mundo árabe, pero también en Irán y en Oriente, utilizó evidentemente en su beneficio esta percepción ideológica de la cruzada. Los islamistas radicales, como es bien sabido, dicen abiertamente que están llevando a cabo su yihad (una suerte de «cruzada» invertida o, en todo caso, de guerra santa) contra los «judíos, los cruzados y los apóstatas». Así pues, la palabra «cruzada» estuvo muy mal elegida. Por otra parte, los asesores de G.W. Bush hicieron (¡demasiado tarde!) que se suprimiera esa referencia en los discursos presidenciales.

Este anecdótico episodio me parece significativo. Ilustra a la perfección la ambigüedad de algunos términos y la confusión a la que su empleo puede llevar. Por su ambivalencia, algunas palabras pueden provocar un efecto contrario al deseado. El vocablo «cruzada», a este respecto, nos ofrece un caso ejemplar. Puede hablarse incluso de «caso paradigmático».

¿Qué es, pues, una cruzada? Los propios historiadores no se ponen de acuerdo sobre el sentido que debe darse a esta expresión. Divergen en su definición y en su delimitación geográfica y cronológica, así como en los rasgos característicos del fenómeno que la

palabra intenta expresar. ¿Hay que ver en él una peregrinación armada o una expedición puramente militar de reconquista cristiana? ¿El efecto de un impulso popular espontáneo, anárquico y fanático o, por el contrario, una empresa pontificia maduramente concebida y destinada a asegurar el triunfo del catolicismo? ¿Hay que definir la cruzada a partir de sus objetivos iniciales, o de sus rasgos institucionales desarrollados por la Iglesia con el paso del tiempo? ¿Hay que reservar el empleo de esa palabra para aludir a las expediciones hacia el Oriente Próximo o extenderla a todas las operaciones militares llevadas a cabo en nombre de la Iglesia, siguiendo el mismo modelo o con la misma intención? Y, si es así, ¿hasta qué fecha? Si no lo es, ¿debe limitarse a las expediciones destinadas a asegurar a los cristianos la posesión de los Lugares Santos y, sobre todo, del sepulcro de Jesús en Jerusalén? ¿Hay que admitir como cruzadas las empresas diplomáticas destinadas a liberar Jerusalén, sin una auténtica dimensión militar? ¿Y las empresas populares, militares o no, que no tenían por completo —o incluso en absoluto— el aval pontificio? ¿En qué difiere la cruzada de la guerra santa? ¿En qué es específica y merece un apelativo particular?

La ambigüedad de la palabra e incluso del concepto, muy marcado por la ideología, no es nueva. El debate entre historiadores tampoco lo es. Algunas observaciones dan fe de ello. He aquí tres ejemplos.

El primero emana de ese brillante experto en la guerra santa que fue el canónigo Étienne Delaruelle. En la recensión que hizo, en 1970, del libro de Francesco Cognasso, reputado especialista italiano de las cruzadas, ponía de relieve las dificultades, desacuerdos y ambivalencias de las distintas definiciones posibles de la cruzada, y concluía con humor que sería más prudente, en adelante, no seguir intentando definir el concepto.¹ Pero ¿cómo estudiar un fenómeno sin verse obligado, tarde o temprano, a definirlo?

Tomo el segundo ejemplo de la agradable pluma de mi colega y amigo Alain Demurger. En un libro reciente, este medievalis-

ta de merecida reputación se arriesga a una metáfora culinaria. «La cruzada, en efecto, es como la mahonesa», escribe. ¿Qué es necesario para que una mahonesa salga bien? Un bol, una cuchara de madera, una yema de huevo, mostaza, aceite... ¿Y para hacer una cruzada? Un contexto (favorable) de reforma, un Papa inspirado, la idea de liberación de las Iglesias de Oriente, la guerra santa, la peregrinación penitencial, la remisión de los pecados y Jerusalén. Concluye: «De esta amalgama [...] nace la cruzada: una idea nueva, un objeto histórico nuevo».² La mahonesa, una vez ha cuajado, es ya algo distinto a la mera adición de los diversos ingredientes que la componen. Del mismo modo, también la cruzada supera sus rasgos constituyentes anteriores. En el año 1095, nació un nuevo concepto que exige la creación de un término nuevo. Muy bien. Me adhiero también, desde hace mucho tiempo, a esa percepción del fenómeno. Sin embargo, quedan por evaluar y jerarquizar esos rasgos constituyentes. Por otra parte, como veremos, los historiadores divergen sobre los ingredientes necesarios para la elaboración de esa «mahonesa-cruzada». En todo caso, algo me parece cierto, indiscutible: la habilidad de «la mano» papal que supo conseguir que la mahonesa-cruzada «cuajara», perpetuándola y difundiéndola. Casi nos atreveríamos a añadir que el papado muy pronto intentó (y consiguió ampliamente) asegurarse de su monopolio, pretendiendo tener derecho a su exclusiva y patentándola como «marca registrada». Pero ¿es el papado su inventor? ¿No se tratará, más bien, de una especie de «captación de la patente»?

El tercer ejemplo se debe a Norman Housley, uno de los historiadores más influyentes de la escuela llamada «pluralista». A diferencia de Alain Demurger, Housley no cree que Jerusalén o la liberación de las Iglesias de Oriente sean un elemento necesario para la definición del concepto de cruzada. En un artículo reciente, denuncia los interminables debates a este respecto, comparables, afirma, a las estériles disputas de los geógrafos sobre qué es una

ciudad. Debates que resultan estériles sin una definición clara que separe «ciudad» de «pueblo». ¿Cómo reconocer una cruzada? Housley se inspira en lo que antaño dijo, bromeando, un político conservador inglés: «Si “la cosa” que se intenta identificar se parece a un elefante, camina como un elefante y barrita como un elefante, entonces... es un elefante».³ La deducción parece sencilla y llena de sentido común. Pero comparar no es definir. Para decidir si «eso se parece a un elefante», es preciso haber visto ya antes un elefante y tener en la cabeza una imagen clara de qué es. En otros términos, para saber si se trata efectivamente de una cruzada, es preciso primero... definir un «modelo» de cruzada, un «elefante-tipo» que sirva de criterio para las comparaciones. Eso es precisamente lo difícil. Y eso es lo que enciende el debate.

Estos ejemplos, sin embargo, son significativos en sí mismos. Revelan la dificultad que los historiadores tienen para resolver un problema que intentan superar recurriendo al humor, a la caricatura o a la simplificación abusiva. La presente obra tiene como intención colocar algunos jalones hacia una nueva vía en la percepción del fenómeno de cruzada. Una vía que se apoye en los más sólidos fundamentos de las teorías anteriores sin conservar sus debilidades, al tiempo que propone otros criterios de definición. Un enfoque que, más que a través de la teorización de la cruzada por la institución eclesiástica, intenta aprehenderla y definirla a partir de la percepción de quienes participaron en ella y la crearon. La «cruzada», sea cual sea su sentido, era en el momento de su aparición un concepto nuevo que no tenía nombre aún. Sin embargo, los contemporáneos no se equivocaron: comprendieron que había nacido un fenómeno que iba más allá de la mera adición de conceptos preexistentes. A la evaluación de esos distintos componentes, de su respectivo papel, de su presencia y de sus interacciones está consagrado este libro.

PRIMERA PARTE

Debates de escuelas

Introducción

¿Qué es una cruzada y cómo definirla?

Los especialistas no se ponen de acuerdo en estos puntos. No es algo nuevo, y si hace ya unos años pudo creerse que se había conseguido entre ellos la unanimidad, fue sobre todo porque una de esas escuelas, que iba viento en popa, llegó a convencerse de que encarnaba la verdad e impuso su punto de vista de modo un tanto abusivo, por no decir totalitario. Lo expresaba con un indiscutible sentimiento de superioridad: quien no lo compartía se veía de buena gana exiliado y señalado como un extravagante por medio de la técnica, por desgracia muy extendida incluso entre los historiadores, consistente en arrojar al basurero de la Historia a todos los que no adoptan con entusiasmo las ideas de moda por el mero hecho de que lo están. Desde hace poco tiempo, como todas las modas, pero con excesiva lentitud sin duda, ésta ha ido cambiando. Se alegrarán de ello quienes consideran que, en un debate de ideas, mejor es convencer que vencer, más aún si es por falta de combatiente.

¿Cómo explicar esos desacuerdos entre historiadores que, en su mayoría, son reconocidos especialistas y por lo general honestos y rigurosos? Son posibles varias explicaciones.

La primera se apoya en la resonancia ideológica del tema. La cruzada, como se ha dicho, es percibida de un modo totalmente opuesto por los espíritus de los occidentales de cultura cristiana y por el pensamiento común en los países musulmanes. Por otra

parte, en el propio seno de los países de tradición cristiana, la percepción de la cruzada, en el pasado, varió considerablemente. ¿Cómo podía ser de otro modo? Así pues, los católicos que con razón o sin ella justificaban, más o menos, la erradicación de los «herejes» albigenses por medio de la espada de los barones cruzados del norte o por las hogueras de la Inquisición, no tenían, evidentemente, la misma opinión ni la misma definición de la cruzada que quienes, por distintas razones, se identificaban más bien con sus víctimas. El «fenómeno cruzada» no será, pues, descrito, ni interpretado, ni definido del mismo modo por un historiador según sea creyente o ateo, marxista o católico conservador, protestante liberal, cristiano ortodoxo o budista. El trasfondo cultural, religioso o ideológico de cada autor, sea éste consciente o no de ello, influye de forma indiscutible en su propia percepción del fenómeno que estudia.¹

Otra causa de divergencia: los distintos modos de abordar el problema y las cuestiones fundamentales que de él se desprenden. ¿En qué criterios debemos basarnos para definir la cruzada?

a) ¿En el «sentido común», del que se dice que es sólido y seguro? Esta actitud avalaría sin duda la «opinión heredada», tan a menudo errónea y afectada por la ignorancia e incluso por la parcialidad.

b) ¿En el vocabulario usado para describir el fenómeno? Éste es un primer enfoque útil y necesario, pero que sin duda no basta, teniendo en cuenta las probables desviaciones de esta utilización.

c) ¿En el destino de la expedición? Pero ¿estamos seguros de que todas las expediciones llamadas cruzadas tuvieran por objetivo la liberación de Tierra Santa? E, inversamente, ¿todas las empresas destinadas a liberar Jerusalén son *ipso facto* cruzadas?

d) ¿En su iniciador, el Papa que la predicó? Pero ¿una cruzada es una expedición iniciada y predicada por el papado, sean cuales sean sus móviles, su destino y sus objetivos?

e) ¿En sus fines y su sacralización? Pero ¿es la cruzada una forma particular de guerra santa y, en caso afirmativo, cuáles son sus límites geográficos y cronológicos? ¿O acaso es sólo una de las formas de la lucha armada de la cristiandad contra la «islamidad»?²

Estas cuestiones deben tenerse presentes a lo largo de toda la investigación que se expone en los capítulos siguientes.

Capítulo 1

Interpretaciones tradicionales de la cruzada

La diversidad de las interpretaciones de la cruzada no data de nuestra época. La encontramos ya en los propios relatos de los cronistas que nos dan a conocer la primera expedición, modelo fundacional del concepto. Esos cronistas no se limitan a poner de relieve el papel más importante y las virtudes del príncipe al que se han vinculado, y que muy a menudo es su «patrón». Reflejan también su propia ideología y apoyan sus intereses políticos.¹ La primera cruzada (1096-1099), por su éxito y por el propio eco que suscitó en la opinión pública, les proporciona una notable ocasión y una incomparable caja de resonancia para difundir su interpretación más o menos partidista.

Esta diversidad se diluye sin embargo durante el siglo XII. La primera cruzada, en efecto, lleva a la creación de los Estados latinos de ultramar, que en adelante el Occidente cristiano tendrá que defender. La dimensión «defensiva» de la cruzada, que no era forzosamente esencial en las motivaciones de los primeros cruzados, se hace prevalecer entonces. Se convierte en una especie de estribillo que repiten los propagandistas de las ulteriores expediciones. Los cronistas de la primera cruzada, más allá de sus diversidades recientemente redescubiertas, les sirven de argumentación.

La cruzada se convierte así en una ideología antes de transformarse en mito.² Las causas políticas se apoderan de ella y la inser-

tan en su propia propaganda monárquica o aristocrática. Más aún, la Iglesia la hace suya, la institucionaliza, y amplía considerablemente esta dimensión de «guerra defensiva» entendida en sentido amplio. Cada vez más amplio. La cruzada se convierte en un arma jurídica y militar dirigida contra todos los enemigos del papado, que se confunden voluntariamente con los de la Iglesia, los de la fe cristiana, los de Cristo y, en fin, con los de Dios.

Presentada de este modo como una «guerra defensiva» contra las supuestas amenazas musulmanas a la Europa cristiana,³ la cruzada se convierte en sinónimo de una acción a la vez defensiva y represiva contra los herejes y los cismáticos en el interior de la cristiandad, incluso en una guerra «preventiva» contra los rivales políticos del papado considerados susceptibles de dañar la unidad del mundo católico. La erradicación de las «herejías» por la fuerza de las armas justificada por semejante ampliación de la ideología de cruzada no consigue, sin embargo, salvaguardar esta unidad, puesto que la Europa occidental se escinde, en razón de fundamentos esencialmente religiosos, en dos «mundos» rivales y hostiles. Católicos y protestantes se enfrentan y se despanzurran incluso reivindicando, unos y otros, el título de «soldados de Dios», expresión que hasta entonces designaba a los cruzados. Las guerras de religión atestiguan ese uso.

Aun así, a pesar de estos conflictos que calificamos de internos, la idea de cruzada como «guerra cristiana defensiva» no se diluyó por completo. En 1453, Constantinopla cae y el Imperio romano desaparece. Viena se ve amenazada. Los propios reformistas se inquietan por ello. Al igual que los católicos, los protestantes utilizan esa ideología ya muy degradada (y que se acerca más a la «guerra santa» que a la cruzada, como veremos más adelante) para reunir a la cristiandad, por muy desgarrada que estuviese, contra esos invasores. Lutero está impregnado de esta mentalidad de guerra religiosa e incluso de «guerra santa» cuando incita a sus fieles a

combatir a los turcos, a quienes identifica con los demonios y contra quienes quiere movilizar las legiones angélicas.⁴

La perspectiva cambia durante el siglo XVIII, cuando comienza a manifestarse lo que se ha llamado el «espíritu de las Luces», que lleva al racionalismo, al agnosticismo e incluso al ateísmo.⁵ Los filósofos ilustrados del siglo XVIII, como Voltaire y Diderot, denuncian los aspectos repulsivos y bárbaros de estas expediciones que, en su opinión, son fruto del fanatismo religioso alimentado por un papado ávido de dominio universal.⁶ El juicio emitido sobre la cruzada se convierte entonces en muy desfavorable e incluso en totalmente negativo.

Esta actitud hipercrítica produce en los medios conservadores una reacción que, ilustrada y alimentada por el romanticismo religioso de Chateaubriand, se expresa en dos obras que comparten el premio en un concurso convocado el 11 de abril de 1806 por el Instituto de Francia sobre el siguiente tema: «La influencia de las cruzadas sobre la libertad civil de los pueblos de Europa, sobre su civilización, sobre el progreso de las Luces, del comercio y de la industria». Esas dos obras, al contrario que Voltaire, ponen de relieve los efectos «culturales» positivos de la cruzada.⁷ Encontramos parcialmente esta percepción, aunque con apreciables matices, en la monumental obra del historiador francés Joseph-François Michaud, considerado durante mucho tiempo como el mejor historiador decimonónico de las cruzadas.⁸

A pesar de sus interpretaciones divergentes e incluso opuestas, y del antiguo y común empleo del término «cruzada» para designar empresas avaladas por el papado, los historiadores de las cruzadas del siglo XV al XIX, incluso los católicos, se interesan sobre todo por las expediciones dirigidas hacia Oriente Próximo. Los títulos que eligen para sus obras son buena prueba de ello. En 1452, el italiano Benedetto Accolti redacta en latín una obra cuyo título puede traducirse como: *De la guerra llevada a cabo por los cristianos*

contra los bárbaros para recuperar el sepulcro de Cristo y Judea.⁹ En 1581, Tasso hace publicar su *Jerusalén liberada*, concluida unos años antes, poema épico mucho más que trabajo histórico, pero que, sin embargo, influyó profundamente en varios autores, entre los que se encuentran Chateaubriand y Edward Gibbon, quienes consideraban la obra del Tasso como una fuente para la historia de la cruzada.¹⁰ En 1675, el jesuita Louis Maimbourg escribe su erudita *Historia de las cruzadas para la liberación de Tierra Santa*, seguido un siglo más tarde por Jean-Baptiste Mailly, el título de cuya obra es igualmente explícito. Para él, como para sus predecesores, las cruzadas tienen como objetivo «recobrar Tierra Santa».¹¹ En 1631, el pastor Thomas Fuller, muy crítico con la cruzada, había incluido en su análisis lo que hoy se denomina las «cruzadas contra los albigenses», pero se cuidó mucho de evitar el término «cruzada» y prefirió el más adaptado de «guerra santa».¹²



El siglo XIX ve nacer una nueva afición por la Edad Media, bajo la influencia del romanticismo, de los nacionalismos y de la idea de la superioridad de la civilización europea —de la raza incluso, siempre que esa palabra tenga aquí sentido—, que lleva a un colonialismo triunfante y sin complejos. Europa se percibe mayoritariamente entonces como depositaria de la ciencia salvadora, cuyas leyes están descubriendo de forma progresiva sus investigadores con el fin, se cree, de hacer retroceder en todas partes del mundo, por medio del saber, el reinado de la ignorancia y de la superstición, causa a su vez de oscurantismo, de miseria, de enfermedad y de muerte. El Occidente —y en particular la Europa de población blanca que es entonces, cultural y científicamente, su punta de lanza— se cree destinado a dominar y gobernar el mundo, a explotar sus riquezas, a desarrollar el comercio y la industria; pero también se

percibe como encargado de una misión humanitaria, cultural y civilizadora cuyas lagunas o cuyo fracaso, relativo al menos, resulta muy fácil denunciar hoy. En nuestros días, esta misión de connotaciones «paternalistas» evidentes encoleriza a los censores, que a menudo la niegan y sólo quieren ver en ella pura hipocresía. Sin embargo, es tan real y sincera entre muchos hombres de aquel tiempo —exploradores y misioneros, por ejemplo, pero también maestros y médicos— como lo era la ingenua «fe» de los cruzados. Tal vez ello sea menos perceptible en los hombres de poder, aunque algunos de ellos quizá no habían alcanzado aún el nivel de cinismo (rebautizado como «realismo» o «pragmatismo») que hoy se considera casi «natural», indispensable incluso, en cualquier mandato político.

En su edición abreviada, destinada a los jóvenes, de la *Historia de las cruzadas* de J.-F. Michaud, publicada en 1845, Jean-Joseph Poujoulat plasma muy bien la mentalidad de su tiempo a este respecto. Aun condenando las matanzas y las derivas de la cruzada, pone también de relieve —y los destaca— sus aspectos «positivos», que evalúa con el rasero de sus propios criterios, como demuestra este muy revelador, «profético» incluso, párrafo:

Nuestra obra, destinada a popularizar el tema de las expediciones santas, debe tomar a nuestro entender un carácter de utilidad e interés en el tiempo presente, cuando los pueblos de Occidente se vuelven de nuevo hacia las regiones orientales. En Europa, los espíritus están ahora llamados a comprender mejor de lo que se ha hecho hasta la actualidad todo lo bello y social que hubo en las cruzadas. Sería una deplorable pobreza de criterio ver en estos acontecimientos sólo groseras supersticiones, una piedad ciega mezclada con hazañas inútiles. La Edad Media se armó de pronto, en nombre de la religión, único patriotismo de esos viejos tiempos, para ir a rechazar hasta las profundidades de Asia a los innumerables

pueblos musulmanes que amenazaban Europa con una espantosa invasión. Su gran ambición fue, primero, liberar Jerusalén, porque Jerusalén era como el centro moral desde el que la verdad se había extendido por el mundo, y la liberación del Calvario debía ser la gran victoria obtenida sobre los bárbaros hijos de la noche. La sublime esperanza de las cruzadas era la conquista de Oriente en beneficio del cristianismo, era la unidad cristiana estableciéndose en la tierra y conduciendo a la gran familia humana hasta la caridad, la paz, la luz.¹³

El propio J.-F. Michaud intenta, con mesura a su entender, hacer un balance equilibrado de las cruzadas condenando de entrada los excesos de las dos tesis anteriores, la de Voltaire, que las vilipendia, y la de los neoconservadores, que las revalorizan. Para él, las cruzadas son ante todo un impulso de fe de todo el pueblo cristiano que se pone en marcha tras la llamada del Papa para liberar los Lugares Santos, ciertamente, pero también para liberar a los cristianos de Oriente del yugo musulmán, aflojar su cerco y hacer triunfar la fe cristiana, única capaz, a su modo de ver, de ofrecer al mundo el progreso, la civilización y la paz. Para juzgarlas mejor y poner en la balanza los aspectos positivos y negativos de las cruzadas, propone a sus lectores hacer dos suposiciones contrapuestas.

Primera suposición: ¿qué habría pasado si las cruzadas hubieran tenido pleno éxito? Como antaño, bajo la Paz romana, habrían reinado en esas regiones una lengua única, leyes justas, la paz y la prosperidad debido al florecimiento del comercio, de las artes y las ciencias; entonces, prosigue nostálgico ante la evocación de ese radiante porvenir lamentablemente truncado, «Egipto, Siria y Grecia se convertirían en colonias cristianas; los pueblos de Oriente y de Occidente caminarían juntos en la civilización; la lengua de los francos penetraría hasta el extremo de Asia; las costas berberiscas, pobladas por piratas, habrían recibido las costumbres y las leyes de

Europa, y el interior de África no sería ya desde mucho tiempo atrás una tierra impenetrable para las relaciones del comercio y las investigaciones de los sabios y los viajeros». ¹⁴ ¡Qué felicidad perdió el mundo debido al fracaso parcial y final de las cruzadas!

Segunda suposición: ¿qué veríamos si la cruzada no se hubiera producido? Entonces, las potencias sarracenas habrían subyugado a las naciones europeas, una tras otra, y Europa, conquistada y avasallada, habría sido condenada al inmovilismo, la ignorancia, la miseria, el subdesarrollo. «¿Quién de nosotros no se estremece al pensar que Francia, Alemania, Inglaterra e Italia podrían sufrir la suerte de Grecia o de Palestina?» ¹⁵ ¿Cómo no percibir, a comienzos de nuestro siglo XXI, el alcance profético de semejante lenguaje y su reutilización ideológica y política?

Luego, al analizar lo que las cruzadas –tal como se produjeron realmente, a pesar de sus lagunas y de sus fracasos– aportaron al mundo, a Europa, a Francia sobre todo, Michaud subraya que fortalecieron la noción de nacionalidad y sellaron la alianza del pueblo y de su rey. Finalmente, tras haber evocado las consecuencias «benéficas» de las cruzadas, que habrían favorecido el florecimiento del comercio y de las ciencias, el autor concluye su obra con unas palabras que resumen su espíritu: «Lo más certero que puede decirse de las cruzadas es que fueron el primer paso de la sociedad europea hacia su gran destino [...]. Entre esas grandes revoluciones que la Providencia dirige, debe incluirse sin duda la revolución de las cruzadas, cuya marcha nada ha podido detener hasta hoy y que, con formas diversas, con móviles distintos, tiende siempre al mismo objetivo moral, la civilización de los pueblos bárbaros y la reunión de Occidente y Oriente». ¹⁶ Apenas caricaturizaremos si afirmamos que para Michaud, como para la mayor parte de los pensadores europeos del siglo XIX, la cruzada fue benéfica porque inició el gran movimiento ininterrumpido que lleva al triunfo de la «civilización» (europea) sobre la «barbarie» (islámica) y a la unión

de Oriente y Occidente bajo la égida de un solo pastor, el de la religión católica.

Los cuadros de la Sala de las Cruzadas, creada en Versalles por iniciativa de Luis Felipe y abierta al público en 1843, al igual que los grabados de Gustave Doré realizados en 1877 para la *Historia de las cruzadas* de Michaud,¹⁷ ilustran a las mil maravillas esta visión del mundo que impregnaba los espíritus en la época del renacimiento nacionalista y religioso, así como del colonialismo moralmente justificado por la misión civilizadora de Europa. La cruzada se percibía entonces como el primer movimiento liberador de Occidente, el primer paso de una marcha hacia delante que llevaría a Europa, y en particular a Francia,¹⁸ al lugar que, por así decirlo, la Historia le había reservado: el primero. Este lugar conllevaba una misión: la de someter al mundo, por las armas si era necesario, para aportarle los beneficios de la civilización, la paz, leyes justas, la verdadera religión y la prosperidad. En cierto modo, la felicidad en este mundo y el paraíso en el otro.¹⁹

Sin compartir por completo esta visión de las cosas, René Grousset, en su gran y preciso fresco redactado en 1936, sigue estando sin embargo muy impregnado de ella. Ve en la cruzada un episodio de la eterna «cuestión de Oriente» que no ha dejado de plantearse a lo largo de la Historia, la secular lucha de Asia y Europa. Los acontecimientos del inicio de la Edad Media, escribe, anunciaban ya, en aquel momento, los que conoce ahora nuestra generación, a saber: «La próxima revancha militar de los asiáticos sobre las naciones blancas». A finales de la Antigüedad, «el triunfo súbito, inaudito y fulminante del islam a mediados del siglo VII sólo fue el mar de fondo que empujaba esa marea ascendente».²⁰ Esta comparación de dos épocas separadas por casi un milenio le lleva a hablar de la «Francia del Levante». Grousset ve en la cruzada iniciada por Urbano II «la muy meditada obra de un pontífice genial con vistas a la defensa de Occidente». Para él, las cruzadas sólo son

«una de las manifestaciones, espiritual y política al mismo tiempo, de ese inmenso movimiento que es concretamente el primer renacimiento de Europa tras la caída del Imperio romano». De su pluma nace una nueva comparación de las ideologías: «La cruzada, como oleada mística y movimiento de idealismo internacional, desempeñó en la fundación de los Estados francos de Siria el mismo papel que el idealismo paneuropeo de nuestros primeros revolucionarios en la fundación del imperio francés».²¹ Ideología, idealismo, idealización...

Mientras que en su obra principal describe minuciosamente los episodios de las cruzadas entendidas en el sentido tradicional del término (en sus tres grandes volúmenes trata sólo las empresas occidentales dirigidas hacia Oriente, entre 1095 y 1291), su percepción de la cruzada como «defensa de Occidente» le lleva a ampliar el sentido de este término a la «Reconquista» española. Escribe sin ambages: «Por otra parte, la cruzada, si entendemos por ello la defensa de la Latinidad contra el islam, no comienza en absoluto, como enseñan los manuales, en Levante y en 1097, sino en la primera mitad del siglo xi y en el extremo Occidente (en España), donde Gregorio VII alentó el enrolamiento de los barones franceses bajo la bandera de la “Reconquista”».²² Se plantea así la cuestión de las «cruzadas antes de la cruzada», sobre la que volveremos.²³



A este respecto, la segunda mitad del siglo xx marca una ruptura, incluso una inversión de las percepciones. Esta inversión, sin embargo, sólo ha reforzado la tendencia a la ampliación del concepto de cruzada. La euforia cientificista, la religión del progreso y la creencia en la misión civilizadora de Europa recibieron crueles heridas durante la Primera Guerra Mundial, con la hecatombe de Verdún y el inútil sacrificio de vidas humanas, las de los «campesi-

nos» de las campañas de la metrópoli y (¡ya!) las de los «indígenas» de la Francia de ultramar, sacrificios que posteriormnete se acentuarían. La percepción positiva y optimista de esta misión no sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, a Oradour-sur-Glane, a Auschwitz o a Hiroshima; los golpes de gracia le fueron propinados con ocasión de las guerras de independencia de Indochina a Argelia.

¡Inversión de tendencia! ¡Introspección intelectual y llamadas (conminaciones incluso) al arrepentimiento colectivo! ¡Ejercicio psicoanalítico y catártico, transposición contemporánea de las procesiones medievales de flagelantes! El colonialismo, exaltado antaño y justificado por la misión civilizadora de Europa en general y de Francia en particular, en adelante fue rechazado, vilipendiado y estigmatizado con el mismo énfasis y los mismos excesos que antes se habían puesto en glorificarlo. Antaño, a veces de modo hipócrita, ciertamente, se habían sacado a colación a los Lyautey y los Foucauld, los soldados de gran corazón y los celosos misioneros, los maestros, los médicos, los constructores de carreteras, olvidando de paso a los aventureros sin fe ni ley, a los traficantes de esclavos y a sus cómplices locales, a los mercaderes deshonestos y a los colonos codiciosos que hacían «sudar la camiseta». En adelante, gran parte de la opinión pública francesa, a la que al parecer ilustran las «élites intelectuales» impregnadas de arrepentimiento, se complace en la autoflagelación. Actualmente, esta percepción se generaliza y se banaliza tanto que se corre el riesgo de hacer que renazca de sus cenizas, más absolutista aún, la antigua ideología a la que intenta desplazar.²⁴ El vilipendiado colonialismo, para los partidarios de esos vengadores, sólo puede estar por completo del lado del Mal, y Europa es responsable de todas las desgracias del mundo. Sobre todo Francia, que durante tanto tiempo mantuvo su yugo en África, el Magreb y el mundo musulmán. El péndulo de la Historia nos ha acostumbrado a estos puntos de rebote.